

No tan Buenos Aires. Desarrollo urbano y situación de los trabajadores en la ciudad del “orden y el progreso” (1880-1890).

*“Una ciudad además de cemento es carne y hueso, y sangre.”
Andrés Calamaro, No tan Buenos Aires (1999)*

Lucas Poy

Profesor de Historia (UBA). Becario doctoral del CONICET
en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA).
Correo electrónico: lucaspoy@gmail.com
Dirección postal: Avenida General San Martín 1905, 3° A
(1704) Ramos Mejía, Buenos Aires

Recepción del artículo: 17 de Febrero de 2010
Aceptación final de artículo: 5 de Julio de 2011

El artículo busca recuperar una serie de aportes realizados hace ya casi tres décadas, en la perspectiva de la historia social, en el campo de los estudios sobre el mundo del trabajo y la cuestión urbana. A partir de un análisis de fuentes censales y estadísticas, presenta además algunos avances de nuestra investigación doctoral, que buscan echar luz sobre la estructura social y urbana de la ciudad de Buenos Aires en la década de 1880. El artículo presenta algunas evidencias para argumentar que el desarrollo de una industrialización incipiente, en el marco de la expansión demográfica acicateada por la inmigración masiva, fue dando forma a una Buenos Aires obrera que, hacia las últimas décadas del siglo XIX, tenía poco en común con la ciudad de los burgueses, profesionales y políticos, convirtiéndose en un caldo de cultivo para el desarrollo de una experiencia y una acción colectiva de los trabajadores de Buenos Aires.

This paper seeks to discuss a number of contributions made nearly three decades ago, from the perspective of social history, in the field of labor and urban studies. Drawing upon an analysis of census and statistical sources, it also presents some advances in our doctoral research, seeking to shed light on the social and urban structure of the city of Buenos Aires in the 1880s. The article presents some evidence to argue that the development of an incipient industrialization, in the context of population growth spurred on by mass immigration, was shaping a “working Buenos Aires” that by the end of the nineteenth century had little in common with the city of the rich, the professionals and the politicians, and became a breeding ground for the development of working class’ experience and collective action.

Introducción

Durante buena parte del siglo XX, los escasos trabajos sobre la historia de los trabajadores en la Argentina fueron obra de autores vinculados directamente con las corrientes políticas que intervenían en el mundo del trabajo: los llamados “historiadores militantes” como Diego Abad de Santillán (1933), Jacinto Oddone (1934 y 1949) o Sebastián Marotta (1961), fueron por un largo período las únicas referencias historiográficas en un campo que parecía al margen de las inquietudes de la investigación académica y profesional. Fue recién hacia la década de 1960, a partir de trabajos de corte sociológico promovidos por Gino Germani y sus discípulos, que comenzó a esbozarse un enfoque diferente para analizar la historia de los trabajadores, con una mirada más amplia que fuera capaz de interpretar el proceso social y económico de conjunto. Pero en cualquier caso fue con el retorno de la democracia en 1983 cuando tuvo lugar un auténtico desarrollo historiográfico del área, a partir de una serie de nuevas formulaciones que colocaron en primer plano a la historia de los trabajadores como un tema de interés dentro de la agenda de investigación profesional (ver, entre otros, Gutiérrez, 1982; Falcón, 1984, 1986; Armus (ed.), 1984 y 1990; Bilsky, 1985; Romero, 1987; Sábato y Romero, 1992; Suriano, 2000, 2001).

Tal como ha planteado Juan Suriano en un trabajo reciente (2006), en aquel contexto de renovación se avanzó en investigaciones que intentaron articular la historia de los trabajadores con un análisis del proceso de desarrollo de las metrópolis sudamericanas, en las cuales se estaba conformando una clase obrera de características peculiares. En la introducción a un volumen colectivo dedicado a difundir una serie de investigaciones que tenían en común el interés por la problemática del desarrollo urbano desde la mirada de la historia social, Diego Armus señalaba que:

Para los historiadores sociales la ciudad es el ámbito que permite estudiar cómo nacen, crecen, y se modifican las sociedades y, con ellas, las relaciones entre la gente y las clases, los modos de vida, los conflictos,

las culturas, las actividades económicas, los juegos de poder, la significación de sus influencias regionales o nacionales (1990: 11, cursivas nuestras)

Las investigaciones planteadas en la compilación editada por Armus en 1990 representaban, sin embargo, menos el punto de partida de una posterior consolidación historiográfica en el área que los últimos avances de una renovación que estaba alcanzando sus límites. En efecto, el interés historiográfico por el mundo de los trabajadores desde la óptica de la “historia social” comenzó a opacarse a comienzos de la década de 1990: la atención de los investigadores se orientó hacia otras temáticas antes de consolidar un *corpus* sólido sobre los orígenes del movimiento obrero en nuestro país.¹

En los últimos años, no obstante, han aparecido una serie de trabajos que marcan un auspicioso interés por recuperar un análisis de las corrientes políticas que intervinieron en los orígenes del movimiento obrero y particularmente de las agrupaciones socialistas y vinculadas al marxismo. Si bien aún puede ser prematuro hablar de una renovación historiográfica o del desarrollo de una nueva corriente, es posible encontrar un crecimiento lento pero sostenido de trabajos académicos dedicados al tema. La aparición de un conjunto de trabajos en la revista *Políticas de la Memoria* (Martínez Mazzola, 2004; Tarcus, 2004; Zeller 2007), varios artículos en la compilación dedicada al Partido Socialista editada por Hernán Camarero y Carlos Herrera (2005), así como el libro de Horacio Tarcus (2007a) sobre la recepción del marxismo en Argentina, el diccionario biográfico sobre la izquierda (Tarcus (ed.), 2007b) y la reciente antología de artículos del principal órgano periodístico de los socialistas alemanes de la época (Zeller et. al., 2008), han contribuido a poner a los primeros núcleos socialistas en el centro de atención de la investigación académica.

El nuevo interés por la historia de los trabajadores, de todas maneras, se encuentra actualmente más orientado al estudio de las agrupaciones políticas activas

¹ El trabajo de Adrián Gorelik (1998), uno de los más destacados y renovadores aportes a la historia urbana, no se centra particularmente en la situación de los trabajadores —ni de la problemática de los “sectores populares” en un sentido más amplio— en el modo en que lo habían hecho los trabajos de la década anterior.

en el movimiento obrero; en cierta medida, se trata sobre todo de trabajos anclados en la historia intelectual (con una fuerte influencia del trabajo de Aricó, 1999). Creemos que es fundamental, en este contexto, recuperar los aportes realizados hace ya casi tres décadas en el sentido de desarrollar una interpretación más amplia, en la línea de la historia social, de los estudios sobre el mundo del trabajo. La aparición de una nueva publicación en el terreno de la historia urbana resulta auspiciosa en este sentido: en este artículo queremos hacer un aporte que tiene como objetivo revitalizar algunas discusiones y debates historiográficos que enriquezcan las nuevas investigaciones. A partir de un análisis de fuentes censales y estadísticas, a continuación presentamos algunos avances de nuestra investigación doctoral, que buscan echar luz sobre la estructura social y urbana de la Ciudad de Buenos Aires en la década de 1880, al tiempo que replantean una serie de debates historiográficos que futuros trabajos deberán retomar y profundizar.

Inmigración y crecimiento demográfico: los trabajadores en una “gran aldea” que se transforma

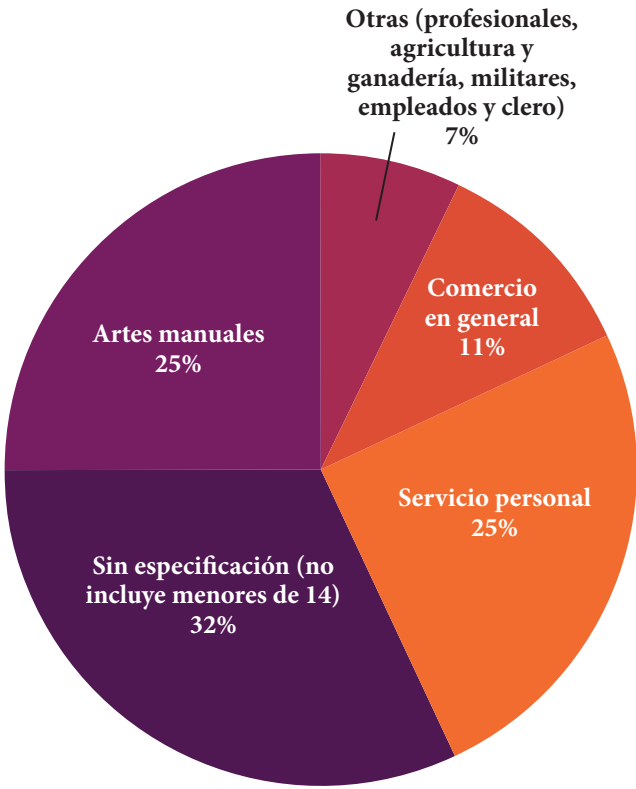
Son un lugar común las referencias al notable incremento demográfico que conoció la Argentina a partir del último tercio del siglo XIX. Si en 1869 la población total del país sumaba aproximadamente 1.800.000 personas, el siguiente censo, realizado en 1895, informaba que la Argentina había superado los cuatro millones de habitantes. El enorme aumento de la población respondía en primer término al notable incremento de la migración masiva de ultramar, que conoció un salto decisivo en la década de 1880. La notable significación cuantitativa de este incremento demográfico debe ser examinada, de todas maneras, a la luz de un análisis que tenga en cuenta el impacto regional de esta inmigración masiva, en tanto el fenómeno migratorio implicó, en la Argentina de fines del siglo XIX, un proceso de crecimiento demográfico *de los sectores urbanos*, dadas las características de un régimen de tierras que, salvo excepciones muy puntuales, consolidó la expansión del latifundio. Así es que si todo el país había conocido un gran crecimiento de población a partir de la inmigración que tuvo lugar en la década de 1880, el fenómeno era particularmente notable en la Ciudad de Buenos Aires: entre 1869 y 1887, la población de la ciudad creció a una

tasa anual del 7,3%, un ritmo superior incluso al de urbes de enorme crecimiento como Chicago, Boston o San Francisco. Según el censo municipal realizado en 1887, vivían en la ciudad 433.375 personas, de las cuales 228.641, es decir un 52,7%, eran extranjeras.

En esa Babel cosmopolita que era la Ciudad de Buenos Aires de la década de 1880, los italianos eran la principal comunidad inmigrante. 138.166 habitantes de esa nacionalidad constituían el 60% del total de extranjeros y casi un tercio de la población total de la ciudad. En un segundo y lejano lugar se ubicaban los 39.652 españoles, que conformaban un 17% de la población extranjera y un 9% del total de habitantes de la ciudad. Los franceses eran poco más de 20.000 y los uruguayos sumaban más de 11.000, seguidos por ingleses y alemanes, cuyas comunidades no superaban los cinco mil habitantes cada una. La ciudad de fines de la década de 1880 se parecía poco a aquella que, algunas décadas antes, había comenzado a conocer un proceso de grandes transformaciones y crecimiento demográfico. Según el censo de 1887, había en la ciudad 6.128 “establecimientos industriales” que empleaban un total de 42.321 personas, de las cuales 7.339 eran contabilizadas como “propietarios” y las 34.982 restantes como “dependientes”. Algunas ramas concentraban a una gran proporción de esas más de cuarenta mil personas ocupadas en tareas industriales: 10.074 personas trabajaban en las más de seiscientas carpinterías de la ciudad, 7.354 en las casi setecientas zapaterías, 3.716 en las más de trescientas herrerías, 1.211 en las casi noventa imprentas. En algunas ramas se concentraba muy fuertemente el trabajo femenino: 12.270 costureras eran empleadas por medio centenar de establecimientos de talleres de costura y 2.434 lo hacían para casi trescientos talleres de modistas.

Los datos provistos por el censo municipal acerca de la diferenciación de los habitantes según sus profesiones van en paralelo a los recabados sobre las industrias y comercios y permiten obtener una visión más amplia. Si el personal empleado en la industria superaba apenas las cuarenta mil personas, los habitantes que “ejercían alguna profesión, arte u oficio” alcanzaban según el mismo censo un total de 203.272, clasificados según se observa en el **Gráfico I**:

Gráfico I.
Distribución de la población de Buenos Aires según profesiones, 1887.



Fuente: Censo municipal de 1887.

Estas cifras permiten obtener un cuadro general sobre cuáles eran las principales ocupaciones de los trabajadores urbanos de Buenos Aires y cuáles las principales ramas empleadoras de mano de obra, pero confunden, de todas formas, a pequeños talleres con establecimientos más amplios. Según datos de una *Estadística de la Unión Industrial* elaborada el mismo año, hacia el final de la década de 1880 existían alrededor de medio millar de establecimientos “fabriles” propiamente dichos, concentrados por lo general en la zona sur de la ciudad y en el distrito de Barracas al Sur (actual Avellaneda), junto al Riachuelo y al cruce del ferrocarril del Sur. Orientadas a la producción para el creciente mercado urbano, estas industrias consistían fundamentalmente en establecimientos dedicados a la producción de alimentos y bebidas, artículos de vestimenta —sastrerías, zapaterías, sombrererías, etc.— e industrias relacionadas con la

Las 75.622 personas ubicadas en la categoría “Artes manuales” se subdividían de la siguiente manera:

Ocupación	Total	Ocupación	Total
Costureras	12270	Modistas	2434
Albañiles	10410	Panaderos	2056
Carpinteros	10074	Cigarreros	1787
Zapateros	7354	Tipógrafos	1211
Marinos	4366	Talabarteros	1122
Herreros	3716	Peluqueros	1098
Sastres	3687	Otros	10914
Pintores	3123		

Los empleados en los rubros definidos como “Servicio personal”, por su parte, sumaban una cifra casi similar —73.598— y se repartían de la siguiente forma:

Ocupación	Total
Domésticos	29870
Jornaleros	27284
Carreros	4621
Lavanderas	4536
Planchadoras	4515
Cocheros	2656
Lustradores	116

construcción —carpinterías, herrerías, mueblerías—. Si bien en su mayoría se trataba de establecimientos de pequeño tamaño, hacia el final de la década ya existían algunas grandes industrias que empleaban a varios centenares de obreros.

Es importante no perder de vista, en cualquier caso, que los establecimientos industriales y manufactureros no eran el único ni el principal núcleo de absorción de mano de obra asalariada en la Buenos Aires de la década de 1880. En este punto es importante recuperar algunas cifras censales acerca de los más de 27 mil trabajadores categorizados como “jornaleros” y llamar la atención sobre los 96.568 que se mencionaban como personas “sin ocupación”: de conjunto muestran que casi la mitad de los habitantes de la Ciudad de Buenos Aires hacia fines de la década de 1880 no podían ser clasificados con una profesión fija. Este

fenómeno muestra la importancia del trabajo estacional y la inestabilidad en el empleo: buena parte de los trabajadores de la ciudad eran inmigrantes que no tenían una profesión definida y rotaban en diversos trabajos, en el ámbito urbano y fuera de él. Uno de los principales focos urbanos de empleo de mano de obra temporal, que generalmente constituía el punto de entrada al mercado laboral, era la industria de la construcción, que con el imponente crecimiento de la ciudad se había convertido en una de las principales ramas de la economía. En 1887 el Censo municipal registraba a más de 10.000 personas registradas como albañiles, pero es importante sumar también a los trabajadores ocupados en diversas obras públicas y privadas como las de remodelación y construcción portuarias, instalación de cloacas y alumbrado, que podían figurar en distintas categorías censales. En estrecha relación con la industria de la construcción se encontraban, por otra parte, otras profesiones que no pueden analizarse sin prestar atención a dicho vínculo, como yeseros, pintores, carpinteros, ladrilleros, etc.

También era destacada la importancia de la población empleada por el comercio: según los datos censales existía en 1887 un total de 9.009 casas de comercio en la Ciudad de Buenos Aires, que empleaban un total de 33.904 personas. En relación con los establecimientos comerciales, pero también con el servicio a las grandes familias de la burguesía, debe analizarse la enorme cantidad —casi treinta mil— de trabajadores clasificados en el censo como “domésticos”: se trata de una clasificación que incluía en muchos casos a mozos y cocineros de restaurantes que tendrían un papel muy destacado en la conflictividad obrera, en ocasión de la famosa “huelga de domésticos” que sacudió a la Ciudad de Buenos Aires en enero de 1888 (ver Poy, 2010). Otro lugar fundamental, por su cantidad y por el lugar que tenían en el contexto de la economía exportadora, era el que ocupaban los trabajadores de los transportes: al número siempre creciente de trabajadores empleados por las empresas ferroviarias, debemos agregar a los casi cinco mil carreros y más de dos mil cocheros mencionados por la información censal.

La Ciudad de Buenos Aires ofrecía entonces, en la segunda mitad de la década de 1880, el cuadro de una

urbe en pleno crecimiento donde se mezclaban casi medio millón de habitantes repartidos prácticamente por igual entre nativos y extranjeros. La inmigración crecía año tras año y estaba a punto de alcanzar, en el trienio que precedió a la crisis de 1890, uno de los puntos más altos de la historia, que sólo sería superado en los primeros años del siglo XX. Los recién llegados, mayoritariamente italianos y en segundo término españoles, aunque también de otras naciones de una Europa atravesada por la crisis, encontraban a poco de llegar que la Argentina se parecía poco al país promisorio que les habían asegurado los agentes de inmigración, y buena parte de ellos debía buscar su sustento en la gran ciudad. Aquellos que contaban con un oficio podían, en el mejor de los casos, obtener un pequeño capital y ejercer la propia profesión de manera independiente; la mayoría debía resignarse, sin embargo, a emplearse en un abigarrado conjunto de talleres y fábricas de distinta envergadura, dedicados fundamentalmente a la producción y la reparación de bienes de consumo o la provisión de diversos servicios requeridos por una población siempre en aumento y concentrados, por lo general, como veremos más adelante, en la zona sur de la ciudad. Menos suerte tenían los que, careciendo del conocimiento de un oficio mejor remunerado, debían trabajar en un amplio espectro de establecimientos comerciales y en distintos núcleos de empleo de mano de obra temporal, fundamentalmente concentrados en la industria de la construcción y en el puerto. Miles de mujeres, niños y niñas eran parte fundamental de este mundo obrero, concentrados en algunas industrias que demandaban particularmente esa mano de obra y en el trabajo a domicilio. En las escasas horas libres que les dejaban las jornadas laborales de más de diez horas, todos ellos se apiñaban en las miserables viviendas obreras, donde se procesaba también la experiencia molecular de una constante explotación y miseria.²

El desarrollo urbano: los barrios y las viviendas obreras

La Ciudad de Buenos Aires conoció un desarrollo urbano muy acelerado en la segunda mitad del siglo XIX y particularmente en su último tercio: en 1850 contaba con cincuenta mil habitantes y cuarenta años

más tarde ya superaba el medio millón. Esa acelerada transformación debe ser analizada poniendo especial énfasis en el proceso de diferenciación entre los distintos barrios de una ciudad que, al tiempo que crecía, se hacía cada vez más desigual y heterogénea: numerosos trabajos han puesto de manifiesto que un punto de quiebre en ese sentido fue constituido por la epidemia de fiebre amarilla de comienzos de la década de 1870, que transformó la fisonomía urbana de la Ciudad de Buenos Aires (Viñuales, 1984). La epidemia provocó un masivo éxodo de los sectores más ricos hacia el norte y las quintas de la periferia de la ciudad, convirtiendo el antiguo centro en territorio exclusivo de conventillos y viviendas obreras y provocando una diferenciación clasista en los barrios de la ciudad. En su clásico y pionero trabajo sobre la situación de los trabajadores en este período, José Panettieri señalaba que había que distinguir entre “dos” ciudades que coexistían: junto al de la oligarquía “existía el ‘otro’ Buenos Aires, el que yacía soterrado sobreviviendo en la indigencia, el de los nativos y extranjeros pobres” (1967: 47).

En efecto, mientras la burguesía y una incipiente clase media se ubicaban en el flamante “Barrio Norte”, la Recoleta e incluso Flores o Belgrano, la ciudad obrera se extendía desde el centro hacia el sur, donde se concentraban la enorme mayoría de las industrias y talleres y donde se hacinaban los trabajadores en conventillos y casas de alquiler. La concentración de las viviendas obreras en la zona céntrica del sur de la ciudad y luego en los barrios de Barracas y la Boca, debe ponerse en relación no sólo con la ubicación geográfica de los principales centros de empleo de mano de obra sino también con las características de un sistema de transporte que limitaba seriamente las posibilidades de acceder a zonas más alejadas. Las viviendas ubicadas en el centro eran particularmente codiciadas por su cercanía con el puerto y con la mayoría de los talleres y establecimientos. Las necesidades de las nuevas industrias, que requerían de la energía hidráulica provista por los ríos y arroyos, consolidaron este proceso de diferenciación urbana, concentrando a las fábricas y talleres en la zona alejada al Riachuelo.

Los suburbios donde se concentraban las fábricas y las viviendas de los trabajadores eran zonas bajas y de bañados, que se inundaban periódicamente y con-

vertían a los arrabales en zonas intransitables, donde florecían todo tipo de enfermedades. Según Carlos D'Amico, destacado miembro de la oligarquía que, en el marco de la crisis de 1890, publicó bajo un seudónimo un trabajo que sacó a relucir buena parte de las cuentas pendientes entre diferentes sectores de esa elite que atravesaban una profunda crisis, el intendente municipal Francisco Seeber escribía al asumir su cargo, en 1888, unas líneas que eran toda una confesión de las condiciones en que se vivía en la Ciudad de Buenos Aires:

No creo obra fácil ordenar la marcha de una ciudad como Buenos Aires, totalmente mal empedrada, con tres mil cuadras sin afirmado alguno, con hospitales y lazaretos repletos, con pantanos inmundos en sus alrededores; con cincuenta mil habitantes en la Boca del Riachuelo, que viven en casas donde las materias fecales y las aguas servidas se estancan debajo de las casillas y flotan en los patios; con tres mil conventillos donde viven 150.000 habitantes, todos contruidos en flagrantes oposición a las ordenanzas vigentes, donde la gente vive apiñada tradicionalmente, durmiendo diez personas en un solo cuarto, violando las reglas de la higiene y de la moral (...), asilos de mendigos donde no cabe un pobre; cementerios en que se violan las reglas más fundamentales de la higiene; mataderos inmundos, donde la hacienda que comemos nadaba en el fango para llegar hasta ellos, y permanecía empantanada dentro de los corrales hasta el momento del sacrificio, a veces sin alimento alguno durante ocho días; con mercados y puestos de carne insuficientes y sucios, con mala, escasa y cara luz; con tráfico de vehículos desordenado; con empresas de tranvías mal servidas, y concesiones en todas las calles, y aún duplicadas en las más angostas; con ferrocarriles que cruzan a nivel las calles de más circulación, y que no han construido barreras siquiera; con teatros donde no se han cumplido las ordenanzas y peligra la vida de los espectadores; con montones de tierra del barrido en las calles, que no se remueven, y la quema de basuras

2 Para un análisis de las primeras luchas obreras hacia fines de la década de 1880, ver Suriano (2003) y Poy (2010).

inmediata a centros poblados; con un escaso servicio de barrenderos, de carros de limpieza, de barrido y de riego; con las obras de salubridad, cinco compañías de gas, y otras de luz eléctrica que remueven y descomponen diariamente los afirmados; con compañías de teléfonos, que cruzan con alambres y cables las calles y obstruyen las veredas con sus postes, y con perros sueltos que rabian y muerden a la gente, y a los que no se puede matar sin que todos se subleven!” (D’Amico, 1952: 152-153).

Si la situación en las fábricas y en los barrios obreros era crítica, lo mismo sucedía al interior de las viviendas de los trabajadores. El enorme encarecimiento del suelo urbano como consecuencia del crecimiento demográfico y la especulación inmobiliaria habían hecho que para cualquier inmigrante comprar una vivienda fuese imposible: las familias obreras debían conformarse con alquilar un cuarto en condiciones cada vez más gravosas.

En 1881 ya había en la ciudad más de mil ochocientos conventillos, y en ese decenio la situación se agravó aún más. Según Juan Suriano, “el auge de este tipo de viviendas alcanzó su punto culminante en 1892, en que su número ascendió a 2.192 y sus pobladores a la cifra de 120.847 personas, algo así como el 21,8% de la población porteña” (1984: 203). La información provista por las propias instituciones oficiales en el censo municipal de 1887, sin embargo, habla de cifras todavía más abultadas: se informaba que había en la Ciudad de Buenos Aires a fines de 1887 un total de 2835 conventillos. Es interesante analizar los datos diferenciando los pobladores nativos y los extranjeros: a pesar de que argentinos y extranjeros se repartían casi por mitades en la población total de la ciudad, no sucedía lo mismo con los habitantes de los conventillos, dado que allí residían el 19,46% de los argentinos y el 33,38% de los extranjeros.

El hacinamiento de los trabajadores en viviendas con pésimas condiciones de infraestructura e higiene no constituía una mera “imprevisión” sino que era consecuencia del proceso de especulación inmobiliaria que caracterizó al período (Yujnovsky, 1974). El fenómeno era admitido por los propios redactores del censo municipal, quienes reconocían que “la existen-

cia de tan crecido número de conventillos, hasta en los parajes más centrales de la ciudad, tiene por razón de ser la gran renta que producen”, que resultaba desproporcionada “con relación al poco valor de esas construcciones”. Los análisis contemporáneos eran concluyentes, por otra parte, a propósito de las lamentables condiciones habitacionales de los conventillos. La preocupación de destacados higienistas y de otros especialistas por las lamentables condiciones de higiene y salubridad de las viviendas obreras, contrastaba con la absoluta ausencia de cualquier avance concreto para remediar tal estado de cosas, en tanto eso hubiera implicado un serio cuestionamiento a intereses creados en la especulación hipotecaria de tierras urbanas. Prueba de esta situación fue el elocuente fracaso de los publicitados proyectos de “casas para obreros”, que habían sido planteados desde la década de 1870 por reconocidos higienistas como Guillermo Rawson y Wilde. La iniciativa llegó a ser tomada por la Municipalidad, pero los planes nunca prosperaron más allá de algunas pocas iniciativas aisladas.

¿Buenos Aires era una fiesta?

Aunque no llegó a profundizarse para dar lugar a definiciones concluyentes, la historiografía argentina conoció una discusión respecto a la situación de los trabajadores durante el período del “orden oligárquico”. Hacia fines de la década de 1970 aparecieron dos trabajos que cuestionaban las interpretaciones tradicionalmente sostenidas por los historiadores vinculados con las corrientes políticas activas en el movimiento obrero y planteaban una perspectiva “optimista” sobre la situación de los trabajadores durante el período objeto de nuestro análisis. Tales interpretaciones se procesaron en dos niveles: por un lado, el análisis de Roberto Cortés Conde (1979: 211-274) apuntó a estudiar la evolución de los “salarios reales” y sostuvo —a partir de datos salariales de empleados de Bagley y de peones de la policía— que la situación de los trabajadores había mejorado durante el período 1880-1890, análisis que contradecía la interpretación que hasta entonces había sido predominante, según la cual los salarios reales habían disminuido.

En torno a cuestiones menos vinculadas a la evolución salarial que a la organización del espacio urbano y las condiciones de vivienda pero, en cualquier caso, con conclusiones que apuntaban en el mismo sentido,

se inscribió el clásico trabajo de James Scobie (1977) sobre el desarrollo urbano de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX, que entendía que, de un modo general, la sociedad de Buenos Aires del entre-siglo no promovía los choques y contradicciones de clase sino al contrario. Según Scobie:

Si los ghettos étnicos o las comunidades religiosas o la residencia en un mismo lugar de la ciudad de trabajadores de un mismo oficio hubieran sido más importantes en Buenos Aires, la solidaridad grupal podría haber sido más intensa. El conventillo recibía a los recién llegados. Luego, una vez aclimatados, éstos o sus hijos se encaminaban hacia los barrios. Aun cuando las actividades manufactureras habían mostrado una tendencia a ubicarse en el lado sur de la ciudad, ningún grupo importante de obreros se formó ni dentro de las fábricas ni en los barrios de obreros. Pequeñas plantas, talleres, almacenes y negocios había en todos los barrios. Tal dispersión no estimulaba la unidad, comunicación o vínculos entre los trabajadores. Para muchos la lealtad al lugar de residencia, a la cuadra, al vecindario, en el caso de algunos extranjeros, a su grupo nacional, reemplazó todo sentido de interés común entre los trabajadores. (1977: 275)³

Para el autor, “la existencia de oportunidades de ascenso colaboró en la expresión tardía de intereses de clase y de grupo, y limitó las presiones sobre la estructura social (...) estimuló a los trabajadores a triunfar dentro del sistema existente antes que empujarlos hacia la acción grupal o a la revuelta” (Scobie, 1977: 276).

Entre los trabajos que reforzaron la perspectiva “optimista” debe incluirse un artículo de Francis Korn y Lidia de la Torre en *Desarrollo Económico* (1985), que abordaba particularmente el problema de la vivienda en la Ciudad de Buenos Aires y polemizaba en forma abierta con las conclusiones de un artículo de Oscar Yujnovsky (1974), aparecido poco más de una década antes en la misma revista, que analizaba la situación desde una perspectiva similar a la que desenvolvimos en la sección previa. Para Korn y de la Torre, el período 1887-1914 se había caracterizado por una mejora en las condiciones de vivienda de la población porteña: según su punto de vista,

... el crecimiento de los edificios, la disminución de la gente alojada en conventillos y de los conventillos, y la proporción del salario que representaba el alquiler de un cuarto en ellos, la conclusión a la que se llega no puede ser otra que la de que los grupos más pobres de la población tuvieron, durante el periodo que consideramos, suficiente capacidad de ahorro como para poder mudarse a viviendas más confortables” (1985: 251).

En el momento en que Korn y de la Torre publicaban su trabajo, no obstante, ya estaba en curso una renovación historiográfica que aportó nuevos enfoques para abordar el problema de las condiciones de vida urbana en el período. En un trabajo de 1981, Leandro Gutiérrez había criticado lo fundamental de las conclusiones de las perspectivas “optimistas”. Respecto a las interpretaciones de Cortés Conde, Gutiérrez señalaba que la heterogeneidad de situaciones laborales, la inestabilidad en el empleo, las fluctuaciones estacionales y la desocupación planteaban fuertes limitaciones a una interpretación de estas características y

3 Es llamativo que sólo en una nota al pie en esa misma página Scobie señale que “hacia el final de este período [1870-1910], los intereses de clase despertaron en ciertos gremios y ocupaciones altamente sindicalizadas en la Ciudad de Buenos Aires, como se evidenció por los manifestos huelguísticos, la propaganda anarquista, los informes del Departamento Nacional del Trabajo, la actividad del Partido Socialista y otros signos de solidaridad obrera” (idem). Resulta difícil aceptar las afirmaciones de Scobie cuando se tiene en cuenta que el período de estudio de su trabajo es el de los cuarenta años que van desde 1870 hasta 1910, cuando el movimiento obrero de la Ciudad de Buenos Aires se convirtió en un actor indiscutido de la escena política. Por otra parte, Scobie presenta como contradictorios a elementos que no tienen por qué haberlo sido. La intención de ahorrar para comprar un lote y dejar el conventillo no implicaba necesariamente la elección de un camino “individual” opuesto a la necesidad de vincularse con los otros trabajadores para enfrentar, de manera colectiva, la lucha cotidiana.

destacaba que era más fructífero analizar las “condiciones de vida material” en un sentido amplio. Según Gutiérrez:

... cualquier intento de historiar la gestación de la clase obrera argentina tiene que descender de los niveles más abstractos y macrohistóricos, hasta el estudio detenido de esa casi cotidianeidad, donde podremos conocer cuál es el tipo de familia dominante y qué papel tiene en la reproducción de la fuerza de trabajo o en el cambio del estatus social de las nuevas generaciones; allí podremos conocer cómo se fueron creando y cambiando las costumbres y hábitos que constituyen los atributos de cada grupo social y, sin duda, sabremos qué estímulos eran capaces de movilizar sindical y políticamente (1982: 436, cursivas nuestras).

En el mismo artículo, Gutiérrez criticaba los planteos de Scobie, planteando que dicho autor extrapolaba a la clase trabajadora conclusiones que podían ser correctas para otros sectores de la sociedad. Según Gutiérrez, Scobie “ha reseñado con justeza el papel de la familia en la sociedad porteña” pero “al hablar de la familia de los sectores populares con el propósito de estimar cuál era su papel en la definición del estatus de los mismos, estamos realizando una generalización que podría considerarse poco válida” (1982: 427-428). Para este autor, tanto la existencia de una mayor proporción de varones adultos (por las características de la emigración), como las condiciones de hacinamiento habitacional, ponían serios límites a los intentos de analizar del mismo modo las estructuras familiares de las clases altas con las de aquellos que el autor llamaba “sectores populares” (1982: 429-430).

Conclusión

Si bien, como señalamos en la introducción, el debate sobre las “condiciones de vida” de los trabajadores se

interrumpió antes de alcanzar el desarrollo que conoció en otros países, quedando relegado en las inquietudes historiográficas cuando buena parte de los especialistas en el tema se orientaron a otros campos de estudio, creemos que es importante recuperar algunas de sus conclusiones provisionales para que sirvan de insumo a futuras investigaciones. En este trabajo presentamos una primera aproximación al problema de la situación de los trabajadores en la Buenos Aires de fines del siglo XIX y una breve reseña de las líneas fundamentales de un debate esbozado en la década de 1980 con el objetivo de reinstalar una discusión que consideramos pertinente para enriquecer los estudios actualmente en curso sobre historia del movimiento obrero y la izquierda. Consideramos que no sólo corresponde —tal como planteaba Gutiérrez— ampliar la mirada a un estudio de las condiciones materiales de vida y trabajo en lugar de limitarse a un estudio sobre la evolución del “salario real” —en el limitado sentido propuesto por trabajos como los de Cortés Conde—, sino que tampoco es posible reducirse a analizar dichas condiciones sin concentrarse en la forma en que fueron interpretadas por los propios trabajadores y dieron forma a procesos de movilización para enfrentarlas. El estudio de las transformaciones urbanas, con información sobre el desarrollo demográfico, la distribución ocupacional o la situación de vivienda debe servir como punto de partida para establecer el escenario en el cual se desarrolla el proceso vivo de conformación de organización de los trabajadores, pero no puede reemplazar a un análisis del modo en que los trabajadores se organizaron y enfrentaron la nueva situación.⁴

En el presente artículo intentamos presentar algunas evidencias para argumentar que el desarrollo de una industrialización incipiente, en el marco de la expansión demográfica acicateada por la inmigración masiva, fue dando forma a una Buenos Aires obrera que, hacia las últimas décadas del siglo XIX, tenía poco en común con la ciudad de los burgueses, profesionales y políticos. En ella se procesaban, a espaldas de las

miradas y la atención de la clase dominante, las experiencias de miles y miles de inmigrantes y trabajadores nativos que sufrían cotidianamente la explotación y la opresión en las fábricas y talleres, en el puerto, en las obras en construcción, en los conventillos, en los barrios obreros. Esa situación de explotación y marginación era un caldo de cultivo para el desarrollo de una experiencia y una acción colectiva de los trabajadores de Buenos Aires, no sólo por la gravedad de las penosas características de la vida material sino también por el contraste brutal con sus expectativas de superar las condiciones de existencia que llevaban en Europa.

Como puede observarse, nuestra lectura se ubica en una reivindicación de la interpretación “pesimista”. Coincidimos con Suriano (2009: 35-36) sobre la necesidad de que esa interpretación se fortalezca y enriquezca con investigaciones que le den a esta perspectiva elementos de juicio y fundamentaciones

analíticas originales: nuestro artículo intenta ser un modesto aporte para reinstalar el debate, en tanto las nuevas investigaciones deben basarse en los avances realizados por la historiografía previa. Ello no quita que las nuevas inquietudes de los investigadores actuales le marquen orientaciones diferentes a estos ya antiguos debates: creemos que si la crisis en el campo de la historia de los trabajadores no puede separarse de un contexto histórico marcado por una serie de importantes retrocesos de la clase obrera a nivel mundial (que fueron incluso mayores en el campo político y teórico), en la actual coyuntura de crisis del capitalismo a nivel global se ha puesto en evidencia una presencia indiscutible de los trabajadores, que pone en cuestión el predominio de una tradición analítica que hablaba del “fin de la clase obrera”. Creemos, en fin, que existe una oportunidad y un espacio para que nuevas investigaciones recuperen las herramientas de la historia social sin que eso implique negar la centralidad de la clase obrera.

4 Tal como señalaba Edward Thompson, el estudio del proceso de formación de la clase obrera no puede limitarse a un estudio de las transformaciones económicas y sociales impuestas por el desarrollo capitalista, sino que debe advertir el proceso concreto de experiencias y luchas comunes de los trabajadores. Es importante recordar que, contrariamente a lo que ha planteado cierta historiografía, Thompson consideraba que una perspectiva de este tipo implicaba en realidad un retorno a las interpretaciones “clásicas”, en oposición a interpretaciones economicistas o sociológicas que ponían en primer lugar la evaluación de datos “cuantitativos” sobre la evolución de variables económicas.

BIBLIOGRAFIA

ABAD DE SANTILLÁN, Diego (1933); La FORA: ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina, Buenos Aires.

ARICÓ, José (1999); *La hipótesis de Justo: escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires: Sudamericana.

ARMUS, Diego (comp.) (1984); *Sectores populares y vida urbana*, Buenos Aires: CLACSO.

ARMUS, Diego (comp.) (1990); *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.

BILSKY, Edgardo (1985); *La FORA y el movimiento obrero*, Buenos Aires: CEAL.

CAMARERO, Hernán y Carlos Miguel HERRERA (2005); *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires: Prometeo.

CORTÉS CONDE, Roberto (1979); *El progreso argentino*, Buenos Aires: Sudamericana 1979.

D'AMICO, Carlos (1952); *Buenos Aires, sus hombres, su política*, Buenos Aires: Americana.

FALCÓN, Ricardo (1986); *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, Buenos Aires: CEAL.

FALCÓN, Ricardo (1984); *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires: CEAL.

GORELIK, Adrián (1998); *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

GUTIÉRREZ, Leandro (1982); “Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914” en AA.VV. *De historia e historiadores*, México: Siglo XXI.

KORN, Francis y Lidia DE LA TORRE (1985); “La vivienda en Buenos Aires 1887-1914”, *Desarrollo Económico*, Vol. 25, No. 98 (jul.-sept.)

MAROTTA, Sebastián (1961); *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo*, Buenos Aires: Editorial Lacio.

ODDONE, Jacinto (1934); *Historia del Socialismo Argentino*, Buenos Aires: La Vanguardia.

ODDONE, Jacinto (1949); *Gremialismo proletario argentino*, Buenos Aires: La Vanguardia.

MARTÍNEZ MAZZOLA, Ricardo (2004); “Campeones del proletariado. *El Obrero* y los comienzos del socialismo en la Argentina”, en *Políticas de la Memoria. Anuario de investigación e información del CeDInCI*, número 4.

PANETTIERI, José (1967); *Los trabajadores*, Buenos Aires: Jorge Alvarez.

PATRONI, Adrián (1990); *Los trabajadores en Argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina [1898].

POY, Lucas (2010); “Tu quoque trabajador? Agitación obrera en Buenos Aires (1888-1889)”, *Documentos de Jóvenes Investigadores*, N° 18, IIGG, UBA.

ROMERO, Luis Alberto (1987); “Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: la cuestión de la identidad”, *Desarrollo Económico*, vol. 27., núm. 106 (julio-septiembre).

SÁBATO, Hilda y Luis Alberto ROMERO (1992); *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado (1850-1880)*, Buenos Aires: Sudamericana.

SCOBIE, James (1977); *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910*, Buenos Aires: Solar-Hachette.

SURIANO, Juan (1984); “La huelga de inquilinos de 1907 en Buenos Aires”, en Diego Armus (comp.) *Sectores populares y vida urbana*, Buenos Aires: CLACSO.

SURIANO, Juan (comp.) (2000); *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires: La Colmena.

SURIANO, Juan (2001); *Anarquistas, cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1880-1910*, Buenos Aires: Manantial.

SURIANO, Juan (2003); “La crisis de 1890 y su impacto en el mundo del trabajo”, en *Entrepasados*, número 24-25.

SURIANO, Juan (2006); “Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores” en Jorge Gelman (comp.) *La historia económica argentina en la encrucijada*. Asociación Argentina de Historia Económica, Buenos Aires: Prometeo.

SURIANO, Juan (2009); “¿Cuál es hoy la historia de los trabajadores en la Argentina?” en *Revista Mundos do Trabalho*, año I, número 1.

TARCUS, Horacio (2004); “¿Un marxismo sin sujeto? El naturalista Germán Avé-Lallemant y su recepción de Karl Marx en la década de 1890”, en *Políticas de la Memoria*, número 4.

TARCUS, Horacio (2007a); *Marx en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

TARCUS, Horacio, dir., (2007b); *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires: Emecé.

VIÑUALES, Graciela M. (1984); “Ideas y realidades de la arquitectura residencial en Buenos Aires a fines del siglo XIX”, en Diego Armus (comp.), *Sectores populares y vida urbana*, Buenos Aires: CLACSO.

ZELLER, Jessica (2007); “Entre la tradición y la innovación. La experiencia del *Vorwärts* en Buenos Aires”, en *Políticas de la memoria*, número 5.

ZELLER, Jessica, Horacio TARCUS y Sandra CARRERA (2008); *Los socialistas alemanes y la formación del movimiento obrero argentino: Antología del Vorwärts, (1886 - 1901)* (Buenos Aires: CeDInCI Editores/Buenos Libros.